

MURIÓ POR NUESTROS PECADOS

“La mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para adquirir conocimiento” (Gen 3,6).

Adán y Eva, tentados por Satanás, se vieron en la circunstancia de tener que escoger entre la voluntad de Dios, por un lado, y lo que más les atraía a ellos, por otro lado.

Como criaturas inteligentes, debían a Dios obediencia y adoración. Podían haber comprendido que los mandamientos de Dios no son caprichosos, sino que buscan nuestro bien. Pero obedecer a Dios hubiera exigido renunciar a un gusto inmediato. Y, en su decisión, pesó más hacer su propia voluntad personal.

Las consecuencias negativas no se hicieron esperar: separado de Dios, el ser humano sólo halla dolor y muerte. El ser humano había sido creado con una altísima dignidad (a imagen y semejanza de Dios). Al separarse de Dios por el pecado queda en una situación muy lamentable, digna de lástima. ¿Qué hemos ganado con el pecado? Constituye una pérdida incalculable; una completa derrota.

Con el pecado hemos caído muy abajo. Supone la aparición de una situación no deseada por Dios: la aparición del sufrimiento y de la muerte. No solo de la muerte física, sino la posibilidad de la muerte eterna.

La escena de Adán y Eva se repite cada día: el fruto prohibido tiene un atractivo especial. Con frecuencia, lo que Dios nos pide no nos gusta, y lo que sí nos gusta no coincide con la voluntad de Dios. Constantemente tenemos que elegir y frecuentemente preferimos hacer simplemente lo que nos da la gana, o lo que hace la mayoría.

La cultura que nos rodea hoy, hace el papel de tentador. El enemigo se cuela en los Medios de Comunicación, modas, Internet, etc., para proclamar: No te reprimas, dale gusto al cuerpo, opta por la vida loca. Con frecuencia el egoísmo nos hace violentos.

La regla suprema de nuestro comportamiento suele ser: hago lo que me apetece: todo lo que me gusta y sólo lo que me gusta. A mí no me manda nadie (ni Dios); yo hago lo que quiero, aquello que me hace sentir bien. Lo importante es pasarlo bien. Mi opinión es lo que cuenta. Yo soy la ley.

Todo esto ha puesto el mundo patas arriba. No escarmentamos, no aprendemos.

Cristo vino a enderezar las cosas. Para ello tuvo que decir: *“Padre, no se haga mi voluntad (mi gusto), sino la tuya” (Lc 22,42)*. Es la actitud opuesta a la nuestra.

Los sufrimientos de Cristo en su pasión y muerte de cruz, siendo sufrimientos de Dios hecho hombre, y siendo Él inocente, nos resultan incomprensibles, porque fueron tremendos e injustos. ¿Por qué tuvo que suceder?

Una de las cosas que nos enseña la muerte de Cristo en la cruz, es la gravedad del pecado; ese pecado que a veces cometemos con tanta facilidad y ligereza. ¡Qué tremenda debe ser la gravedad del pecado si, para redimirlo, Dios quiso hacerse hombre, conocer el sufrimiento, y morir en una cruz!

La ofensa al único Dios, bueno y amoroso, del cual sólo recibimos bienes, es de una gravedad infinita, es una ingratitud inmensa; es una monstruosidad.

Pero entonces, aparece con nitidez qué grande es el amor misericordioso de Dios. Pues en lugar de decirnos 'tienen lo que merecen; sufran las consecuencias de sus actos', no; Él ha querido rehabilitarnos, devolvernos la dignidad perdida, pagar nuestra deuda por tantas injusticias cometidas, hacernos hijos suyos, perdonarnos, rescatarnos, liberarnos. Él se interpone como un pararrayos para librarnos del poder destructor del mal. Él hace de contrapeso a la masa de mal que hay en el mundo y a la que todos y cada uno de nosotros hemos contribuido con pecados personales.

“Dios Padre les dio una vida nueva con Cristo, perdonándoles todos los pecados. Él anuló el documento que nos era contrario, cuyas cláusulas nos condenaban, y lo eliminó clavándolo en la cruz de Cristo.” (Col 2,14).

Con su poder divino ha resucitado, y ha vencido así a nuestros enemigos: el pecado, el mal, la muerte y el Maligno. ¡Victoria! La resurrección de Cristo ha supuesto un cambio trascendental. Significa que el bien vence sobre el mal, que hay una salida, una esperanza, un respiro. Otra oportunidad. Dios nos ofrece la posibilidad de un nuevo nacimiento, como una nueva creación, a fin de dejar atrás la pesadilla del pecado y sus esclavitudes, para poder experimentar una vida nueva, en amor, paz, verdad y libertad. Como quien recupera la inocencia perdida y comienza de nuevo.

¿No se conmovió nuestro corazón ante tanto amor? ¡Cómo no vamos a estar alegres y felices! No podemos quedar indiferentes ante estos acontecimientos. ¿Seremos tan obstinados como para volver a pecar alejándonos otra vez de Dios? ¡Jamás! Ya estamos escarmentados.

Por el contrario, aceptamos conmovidos y agradecidos Su ofrecimiento, y confiamos en Él por completo, desconfiando, más bien, de nosotros mismos, y de ofertas y promesas como las que la serpiente hizo a Eva. Nos abandonamos en Dios con una fe total. Él es el único Señor de nuestras vidas. Y de hoy en adelante imitamos la obediencia de Jesús, su humildad, su servicialidad, solidaridad, bondad y amor.

Sociaremos en Él nuestra sed de felicidad, en lugar de cavar pozos agrietados en el desierto que no pueden contener el agua (Jer 2,13). Buscaremos plenitud, en lugar de entretenernos con lo pasajero, lo que no sacia. Vale la pena ser bueno, aún en medio de tanta maldad. Seremos personas de oración, de Iglesia, de hogar, pacientes, serviciales, puras.

Para recuperar la armonía perdida, tenemos que entrar también nosotros, por la puerta estrecha, detrás de Jesús, con la cruz a cuestas. Tenemos que decir ‘no’ a muchas cosas que nos gustan pero que degradan nuestra dignidad u ofenden la dignidad del prójimo.

Así como el buen jinete doma al caballo brioso, así nosotros debemos dominar nuestros instintos y controlar nuestros sentidos. Debemos ser capaces de escoger el bien y rechazar el mal. Lo prohibido nos resulta atractivo a corto plazo (como el fruto del paraíso); pero sabemos que vale la pena preferir el bien, porque es lo que, a la larga, nos conduce a la auténtica felicidad, aunque para ello tengamos que esperar.

Al fin y al cabo, el fruto prohibido siempre nos deja amargura. ¿No es cierto? Entonces, ¿por qué reincidimos?

La vista es buena, pero debemos ser capaces de controlar nuestra vista: qué debemos ver o mirar y qué no.

La lengua es buena, pero debemos controlar nuestra lengua: qué debemos decir y qué debemos callar.

La comida es buena, pero debemos controlar nuestro apetito: qué debemos comer y en qué cantidad; qué debemos o no debemos beber,... o fumar.

La sexualidad es buena, pero debemos controlar el uso de nuestra facultad sexual: para ponerla al servicio del amor verdadero y comprometido en un matrimonio abierto a la vida.

Debemos controlar también nuestra agresividad y nuestro carácter.

Debemos ser soberanos sobre nuestras tendencias naturales que suelen inclinarnos a lo fácil. Pero lo grande y bello requiere esfuerzo.

Nuestra felicidad está en cumplir la voluntad de Dios. Sus mandamientos son la guía hacia una vida plenamente realizada.